

El placer de la desgracia ajena

Schadenfreude

[Sha-den-froi-de]

Tiffany Watt Smith

PAIDÓS

I.

ACCIDENTES

Tropezones, diarreas y otros desastres

Un jardinero aserrucha la rama sobre la que está sentado.

Pantalones que se caen durante la once con el cura.

Mujer estornuda al darle los últimos toques a su castillo de naipes.

En las semanas que siguieron al nacimiento de mi segundo hijo, mientras estaba casi delirando por falta de sueño, anclada al sofá con una guagua dormilona, un video apareció en mi inicio de Facebook. El título era “Hombre salta a una piscina congelada”. Tenía más de cuatro millones de reproducciones. Puse *Play*.

Imaginen la escena: un jardín trasero en Alemania, o Lituania, o cualquier otro lugar. Un aire neblinoso. Grava, abetos, una pequeña plataforma que lleva a una piscina. El agua está tan fría que parecen verse capas de hielo en algunas partes. Un tipo musculoso, veintipocos, en sunga negra, está de pie sobre una roca, descalzo. Tiembla, se rodea el cuerpo con los brazos. Al parecer, se está dando ánimos para saltar. Ahora se vuelve hacia la cámara, se agacha, hace el saludo metalero (la mano cornuta, dedos índice y meñique estirados), nos ofrece su mejor monólogo *gangsta* en lo que parece una mezcla de inglés y alemán, luego sale corriendo por la plataforma y salta listo para caer al agua en una bombita. Pero no es agua. Es hielo, grueso y duro, sobre el que aterriza, golpeándose el culo y resbalando por la superficie.

Traté de ahogar la risa para no despertar a mi hijo, al que llevaba en brazos. Resoplé, me sacudí, me debo haber visto como si sufriera un extraño ataque de convulsiones. Me dolía de tanto

reírme, pero no me importó. Vi ese video una y otra vez. Me hizo experimentar la euforia.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que empezara a buscar otros videos en internet. Guleé “Fails”, “Fails épicos”, “Los mejores fails épicos”, “FacePlants”, “Chascarros”, “FacePlants épicos”. Los mejores videos duraban cerca de diez minutos. Mostraban a entusiastas del *crossfit* catapultados por trampolines hacia unos arbustos, novios tirándose peos en el altar, glamorosos animadores de televisión cayéndose de espaldas en sus sillones y personas capturadas por cámaras de seguridad en el momento en que caminan absortas en sus celulares y chocan con paraderos de micro o tropiezan con la fuente de un mall. Me volví experta en subcategorías: “Malos conductores”, “Bronceados desastrosos”, “Tenías un solo trabajo”. En esas extrañas primeras semanas de maternidad, en que la noche y el día eran apenas distinguibles, esos videos fueron mi salvación y mi secreto.

No me malinterpreten. Hay una diferencia entre los videos de *fails* y la comedia de golpe y porrazo, y algunas noches me dedicaba a la segunda, que creía más culta y edificadora. Volví a descubrir mi amor por el bello y solemne Buster Keaton, y suspiré de placer al verlo enfrentar ciclones y esquivar derrumbes para luego ser noqueado por una caja de cartón. Me reí viendo cómo Laurel y Hardy pasaban horas tratando de subir un piano por unas escaleras para luego caerse y empezar de nuevo. Puse en *loop* la escena de *Cantando bajo la lluvia* en que cantan “*Make Them Laugh*”, y me entregué a la perfección coreográfica de sus caídas y tropiezos. Pero eran meras artimañas. No podían competir con el entusiasmo barato que da la gente que en realidad deja caer adornos invaluable, es intimidada por avestruces o perseguida por abejas. Yo ansiaba algo más grande.

Al leer los comentarios, podía verse que la gente se molestaba bastante con los *fake fails* y había desarrollado una mirada aguda para detectar pistas (una fugaz mirada a la cámara, cierta sensación de que todo ha sido ensayado). El más vago aire a

1. Accidentes

representación era recibido con desdén, y este no estaba dirigido solo hacia la gente que había hecho el video, sino también hacia los que se lo habían creído. Lo que les gustaba a estos expertos en *fails* no era tanto el hecho de que a alguien le hubiera sucedido algo doloroso, sino que ese suceso hubiera sido inesperado. Todo se trataba de la sorpresa, de sentir que a alguien, contra toda previsión, le había ocurrido un contrat tiempo.

LA RISA

Los videos de *fails* representan la cima cultural de nuestra Era de la *Schadenfreude*. Seamos claros en lo que concierne a su popularidad. Los videos de esas charlas conocidas como TED Talks (inspiradoras conferencias sobre educación, liderazgo y creatividad, a cargo de líderes mundiales y profesores de Harvard) llegan, en los casos más populares, a los treinta millones de reproducciones. Un video que muestra a un papá que recibe una patada en los cocos de parte de su pequeña hija ha sido visto por aproximadamente doscientos cincuenta y seis millones de personas en todo el mundo (y contando).

Quizá piensen que es desalentador. Pero estos placeres no son nuevos ni han sido inventados por el internet. Antes de los videos de *fails* teníamos *You Have Been Framed* y *America's Funniest Home Videos*². Y antes de que se inventaran las cámaras de video portátiles, existían las cartas, los diarios y las bromas. En el siglo III d. C., el emperador Heliogábalo hacía que sus invitados se sentaran durante la cena en grandes cojines inflados con aire, los cuales poco a poco se iban desinflando, de modo que los comensales terminaban debajo de la mesa. Existe una antigua tumba egipcia, del siglo xv a. C., que representa a un escultor dejando caer un mazo sobre el pie de otro. Además, muchas culturas tienen sus propias comedias físicas tradicionales: están las marionetas de Punch y Judy y

2. Programas humorísticos que muestran videos caseros enviados por el público. Un equivalente local podría ser *Video loco* [N. del T.].

los *clowns* en Gran Bretaña (una de las posibles etimologías de la palabra *clown* —payaso— propone un origen escandinavo; la palabra islandesa *klunni* y la sueca *kluns* se refieren a una persona torpe). También está el Karagöz en Turquía, un teatro de sombras cuyo protagonista es un tipo dado a la fanfarronería y la violencia absurda (hay una obra en la que trata de separar a dos personas que están por ponerse a pelear; para ello, los golpea a ambos en la cabeza con una regadera enorme, con movimientos tan violentos que termina por noquearse a sí mismo también).

En 2011, un grupo de sicólogos evolutivos de la Universidad de Oxford, dedicado al estudio de la relación entre la risa y la capacidad de resistir el dolor, notó algo interesante. Su descubrimiento fue que la gente tiende más a reírse a carcajadas (en el sentido de cuando crees que te vas a morir de risa) como reacción a la comedia de golpe y porrazo. En un experimento, les mostraron a los participantes una serie de videos cómicos tales como *sitcoms*, *stand-ups*, dibujos animados, etcétera (además de los videos más aburridos que se les ocurrió, los que resultaron ser videos de golf, con perdón de los golfistas). Solo el infantil y desastroso Mr. Bean causó risas tan fuertes que terminaron en dolor de guata. Para los expertos era curioso. Este tipo de risa involucra toda la capacidad pulmonar de forma dolorosa, y parece solo ocurrir en los seres humanos, los que además tienden a reírse más vigorosamente cuando están en grupo (de ahí viene el efecto contagioso de las risas grabadas de las *sitcoms*). Esta manera de reírse crea una leve euforia que no se manifiesta con otros tipos de risa. Tras el experimento, los sicólogos concluyeron que es capaz de reducir nuestra sensibilidad al dolor en un diez por ciento.

Puede que reírse del dolor de otros disminuya el nuestro. Pero también es cierto que en muchas culturas reírse hasta las lágrimas provoca incomodidad, y no solo porque indica falta de compasión. Algunos esnobs han visto en la carcajada algo grosero, asociándola a las clases bajas sin educación ni autocontrol. En la pintura holandesa del siglo xvii, por ejemplo, son los campesinos los que

1. Accidentes

se ríen, babeando y mostrando sus dientes podridos, mientras que los aristócratas nunca abren la boca. En la India del siglo xvi encontramos una asociación similar entre tipos de risa y clase social: el poeta sánscrito Banu Data compara, en sus *Rasatarangani* (“el Río de Rasa”), las reacciones del público a una comedia. La clase alta ríe disimuladamente; la media, por lo bajo; y la clase popular lanza carcajadas y vocífera, mientras las lágrimas recorren sus mejillas. En algunas culturas, reírse hasta que duelan los abdominales no solo es de mal gusto, sino directamente peligroso. Los warlpiri de Yuendumu, en Australia central, creen que en el estómago residen todas las pasiones y, por lo tanto, que la agitación estomacal producida por reírse de un accidente conlleva un malestar emocional.

Si bien en algunas culturas hay que abstenerse de reír mucho, lo que los científicos de Oxford proponen, basados en sus descubrimientos, es que este tipo de risa intensa ha sido crucial para nuestra supervivencia. Es posible que reírse con ganas de caídas o golpes en la cabeza tenga su origen en la más lejana prehistoria, y que el placer que sentimos ante los percances ajenos nos haya ayudado a sobrevivir, permitiéndonos lidiar de mejor manera con los peligros físicos y, lo que es más importante, formar lazos dentro de un grupo protector.

Ahora, si esta reacción es innata a los seres humanos, ¿qué tan pequeños somos cuando se manifiesta por primera vez?

GUAGUAS DESPIADADAS

Estoy en un laboratorio en Goldsmith, Universidad de Londres, dentro de un cubículo hecho de telas negras. Hay dos asientos, uno para mí, otro para X, mi hijo de once meses. Hay cámaras ubicadas en varios lugares, entre las cortinas, apuntándonos. Frente a nosotros, el doctor Caspar Addyman sacude un cascabel.

Caspar es especialista en sicología del desarrollo y fundador del Proyecto para el Estudio de la Risa en Bebés, cuyo objetivo es entender qué hace que las guaguas se ríen y por qué esas cosas las

hacen reír. Parece un proyecto extravagante y encantador, y Caspar, con su pelo azul brillante, tiene el aire de simpatía que uno esperaría de alguien cuyo trabajo consiste en hacer reír guaguas. Pero, para él, estudiar el origen de la risa es crucial no solo para comprenderla, sino también para entender cómo establecemos lazos, cómo aprendemos y cómo sobrevivimos.

Tratamos uno de sus trucos. Caspar hace ruidos con la boca mientras yo le hago cosquillas a X y mi hijo se ríe. Todo es muy bonito.

“¿Las guaguas sienten *Schadenfreude*?” le pregunto, y miro con nerviosismo a mi rechoncho X, con sus ojitos brillantes, que ahora le sonrío encantado a un títere de dinosaurio.

“Bueno, es lo que pensaba Freud”, me responde Caspar, y sonrío.

Freud expone esta teoría en *El chiste y su relación con el inconsciente*. Ahí sostiene que en realidad los niños no tienen sentido del humor, sino un gusto por regodearse y salir victoriosos, el cual se revela en esos momentos excepcionales en que se sienten superiores a los adultos que los rodean. “El niño se reirá a causa de un sentimiento de superioridad o de *Schadenfreude* —escribe—, «tú eres menos, yo no»”. “Es una risa de puro placer”, comenta, y el placer para Freud es la satisfacción de los impulsos, pero sobre todo del deseo de ganarles o dominar a los demás, sobre todo a los que detentan cierto poder sobre uno.

“Es horrible —dice Caspar—. Es tan Freud. Yo pienso que está completamente equivocado”.

Le respondo que a mi hija de tres años le gusta mucho cuando su padre o yo echamos algo a perder, cuando pronunciamos mal alguna palabra o nos equivocamos con el nombre de un amigo. A veces cometemos errores a propósito, solo porque le causa placer reírse de nosotros. La mayoría de los padres cuyos hijos aún no van al liceo están bien familiarizados con esto (¿no es así?). Caspar está de acuerdo con que puede haber cierto placer involucrado, pero no por las razones que arguye Freud. Los niños “no son

1. Accidentes

muy conscientes de sus propias limitaciones... No están obsesionados con sus propios fracasos, como asume Freud”.

Caspar abre su notebook y me muestra dos gráficos que describen lo que, según padres entrevistados, es el motivo de risa de los niños. Se les preguntó a los padres o apoderados qué tan a menudo se reía la guagua cuando ellos tropezaban y la gran mayoría contestó “frecuentemente” o “muy frecuentemente”. También se les preguntó qué tan a menudo reía la guagua cuando otra persona se tropezaba. La respuesta fue unánime: nunca.

Tiene sentido. Ver a otro niño tropezarse, lastimarse y llorar debería asustar a la guagua, pero qué importa si la persona lastimada es quien la cuida. Pero para Caspar el hecho de que las guaguas no se rían de personas que no sean sus padres no tiene tanto que ver con el miedo como con la moral. “Tradicionalmente, la gente pensaba que las guaguas no tenían moral y que era necesario enseñarles a distinguir entre lo malo y lo bueno, pero en realidad sí tienen un sentido de lo que es justo y un arraigado sentido de la empatía también. Las guaguas son capaces de darse cuenta cuando alguien se ha lastimado, y pueden preocuparse”.

Pero ¿qué pasa en casos menos dramáticos? Le cuento a Caspar la historia de un amigo mío que una vez trató de entretener a su hijo haciendo malabarismo, creyendo que al niño le gustarían todos esos colores y movimientos. La guagua no se interesó en lo más mínimo, hasta que a mi amigo se le cayeron las pelotas, que salieron rebotando por el suelo, y él tuvo que correr para atraparlas. A la guagua eso le gustó mucho, y soltó una risita áspera (el mocoso cruel). Si las guaguas no disfrutan de ver a un adulto caerse, ¿qué pasa cuando los ven meter la pata de vez en cuando?

Caspar se ríe y me habla de Sarah Argent, la directora del Theatr Iolo, que hace teatro para guaguas y niños pequeños. “Me contó que lo único infalible para hacer reír a todas las guaguas era hacer que a alguno de los actores se le cayera algo. Les encanta cuando pasa eso”.

Los niños más grandes desarrollan un gusto por percances más serios (como veremos en el capítulo 3). Pero, entonces, si las guaguas no se ríen porque se sienten mejores que uno, como pensaba Freud, ¿por qué les divierte tanto nuestra incompetencia? Según Caspar, lo que es interesante de la risa es su vínculo con el aprendizaje, y gran parte de lo que les hace reír tiene que ver con la sorpresa: juegos como el “¿ónde ta?” o la experiencia de ver las cosas patas arriba significan para ellos un aprendizaje sobre el mundo, y su risa es (como también ocurre con los adultos) un signo de que están percibiendo la realidad de una nueva forma.

LO INESPERADO

Un tipo súper posero se sienta en una silla y se cae de espaldas.

Al barman se le cae la bandeja con vasos en medio del pub.

Cuando el animador de la radio de la BBC presentó al entonces ministro de Cultura Jeremy Hunt como Jeremy Cunt³ y luego intentó repasar las noticias de la mañana entre un ataque de risas que trató de hacer pasar como un ataque de tos, lo que hizo que todos se rieran aun más.

Una cañería rota lanza agua a veinte metros de altura. Se rompen las costuras de un saco de harina. Un auto vacío, sin el freno puesto, comienza a retroceder y choca con un poste. El sociólogo Roger Caillois conocía bien el excitante delirio que provoca admirar la destrucción. Lo llamó el “Ilinx” (de la palabra griega que significa “remolino”), y sugería que la desorientación que producía era semejante a la euforia del trance místico. Como han concluido algunos estudios sobre el vandalismo, esta forma de goce se

3. Además de una manera de denominar la vagina, *cunt* es un modo peyorativo y ofensivo de referirse a una mujer. En el Reino Unido, es común aplicarlo a hombres en el sentido de persona idiota o despreciable [N. del T.].

1. Accidentes

incrementa con el elemento de la impredecibilidad. Piensen en el video de “Hold Up” de Beyoncé. Ella camina por la calle, sonríe, toma un bate de béisbol y lo balancea causalmente (¿cómo no?). De la nada rompe la ventana de un auto.

Nuestro cerebro necesita de mucha predictibilidad, sin la cual pronto nos veríamos abrumados. Identificamos patrones y aprendemos a anticipar los comportamientos del mundo exterior. Cuando este nos sorprende con cunetas inesperadamente altas, rastrillos abandonados o alcantarillas que parecen pozas inocentes, sentimos un *shock* de vértigo. Los pequeños accidentes pueden ser liberadores o democratizadores. Son un recordatorio del absurdo de vivir en un mundo que nos está boicoteando permanentemente. A la vez, nos hacen sentir menos especiales. El *senryu* es un tipo de poema cómico japonés similar al *haiku*. A pesar de su estilo minimalista, el siguiente ejemplo, del siglo XVIII, deja relucir un gusto o una burla hacia la ilusión de control de la persona descrita, ilusión que ahora ha sido herida:

Amenamente
privado de su paraguas
en el vendaval.

En su ensayo *La risa*, escrito en 1900, Henri Bergson proponía lo siguiente: “Imaginen ciertos personajes en cualquier situación: si la situación y los roles se invierten, obtendrán una escena cómica”. Una caída de estatus es exactamente ese tipo de inversión. La persona que parecía digna y en control, de pronto queda perpleja. Imaginemos lo siguiente: una periodista de televisión está parada en un bote y sostiene un pescado enorme mientras habla seriamente sobre los problemas medioambientales que afectan a la comunidad local. El pescado, que ha permanecido quieto, de pronto empieza a dar coletazos. La periodista chilla y lo suelta, y el pescado se sacude con violencia en el suelo del bote. Asustada, se arroja a los brazos del pescador que está detrás de ella.

Nuestras emociones pueden sorprendernos, o hacernos quedar en ridículo (de hecho, en el inglés del siglo XVIII, una sorpresa era cuando una emoción fuerte se apoderaba repentinamente de uno, y entonces había “sorpresa” de miedo). Enterarse de lo que alguien decía o hacía en una situación bochornosa puede causar mucha risa, por ejemplo. Consideremos esta historia (tal como lo relata el filósofo inglés John Aubrey, autor de la cahuinera *Vidas breves*): “El conde de Oxford una vez hizo una reverencia frente a la reina Elizabeth y «dejó escapar un peo, ante lo cual se avergonzó tanto» que se autoexilió durante siete años. A su regreso, la reina le dio la bienvenida diciéndole: «señor, ya había olvidado ese peo»”.

O esta otra (enviada a la BBC para un reportaje sobre citas desastrosas):

Después de una encantadora comida en un restaurante chino, subimos al auto y nos estacionamos en un lugar solitario al borde de un camino rural en Aldworth. De pronto, sentí que mi comida pasaba, de un tirón, de mi estómago a mis intestinos. Supe que no podría aguantarme. No podía decirle a ella que necesitaba ir al baño. Así que hice como si me hubiera picado una avispa, salí del auto de un salto, y apenas alcancé a llegar al parachoques trasero. Mientras evacuaba, intenté cubrir los ruidos con ataques de tos, sin mucho éxito. Ella me preguntó si estaba bien, mientras yo tanteaba en busca de cualquier cosa para limpiarme. De vez en cuando le hacía algún comentario sobre la mordida de la avispa, insistiéndole en que no saliera del auto porque había muchas más avispas afuera.

En algún momento, ya convencido de que había logrado sortear la situación, me subí los pantalones y volví al auto. Altiro me di cuenta de que no había terminado la pesadilla. Mis pantalones estaban todos manchados y el olor era insoportable.

Me quedé paralizado de horror, ella se empezó a reír y salió del auto. Pero no le duró mucho la risa. Dio la vuelta por detrás del auto para ayudarme, y pisó todo lo que yo había hecho.

Nunca más nos volvimos a ver.

1. Accidentes

Si es divertido ver cómo reaccionan las personas cuando pasan una gran vergüenza, ¿qué pasa cuando las insultan? Lo que produce la inversión o el socavamiento del estatus no es tanto lo que se dice en sí, sino el hecho de que la víctima queda desconcertada, aturdida y sin palabras. Y, minutos después, estará obsesionada con encontrar la respuesta perfecta. Es lo que creo que pasa cuando la gente deja comentarios mezquinos bajo un artículo polémico del *The Guardian*. Si revisan los comentarios, pronto encontrarán que algún *troll* detestable ha dejado por ahí una bomba fétida. Y luego, en vez de tener el buen sentido de ignorarlo, montones de personas le responden enfurecidas a ese tipo que ya hace rato está en cualquier otra cosa. Y las respuestas se vuelven más y más largas, hasta que parecen pequeñas tesis doctorales (las hay con notas al pie).

¿Existe un punto en el cual se puede decir que esta forma de *Schadenfreude*, esta manera de reírnos de la gente que se pone nerviosa a causa de una fuerte e inesperada agitación, se vuelve sadismo? ¿Qué tipo de persona disfruta de ver a alguien realmente horrorizado, por ejemplo? En 2016, cuatro personas del canal de YouTube *Trollstation* simularon un robo en la Galería Nacional de Retratos de Londres, causando pánico y angustia. No es ni la primera ni la última vez que unos *vloggers* montan una broma extrema y aterrorizante. Cuando los bromistas fueron arrestados, el juez dijo que parte de su objetivo había sido “humillar” a las víctimas “grabando sus reacciones horrorizadas para subirlas a internet”. Se puede decir que en eso tuvieron éxito, porque el video ha sido visto casi un millón de veces en YouTube. Ver a alguien perturbado (a una distancia segura) puede ser chistoso (apreciar cómo agita los brazos y la cara se contorsiona), aunque es muchísimo menos divertido ver a alguien que está dominado por el pánico o sufre un dolor terrible. Pero, entonces, ¿cómo sabemos cuál es el límite?

La mayoría de los videos de *fails* cortan las escenas antes de que uno pueda saber qué tan malherida quedó la persona, o si no, nos aseguran al final que todos se encuentran bien y que se lo toman con humor. Un ejemplo de lo último es “Hombre salta a piscina congelada”. Sin embargo, hay otros videos de *fails* donde la cámara sigue grabando por demasiado tiempo. Por ejemplo, “La señora de las uvas”. En este video, una periodista local entrevistada en vivo a la organizadora del Festival de Pisado de Uva en Atlanta. Sobre una plataforma de madera, las vemos a ambas con sus pantalones arremangados, cada una parada sobre un recipiente plástico lleno de uvas, que aplastan con sus pies descalzos. Ya resulta un poco ridícula la situación, pero entonces la periodista pierde el equilibrio y se cae de la plataforma para abajo. Me reí, definitivamente, pero solo hasta que la escuché gritar con desesperación quejándose de dolor porque se había lastimado la pierna.

No obstante, “La señora de las uvas” ha sido visto casi diecinueve millones de veces. Alguien escribió en los comentarios: “No los entiendo”. “No entiendo cómo alguien puede encontrar que esto es divertido”, puso otra persona. “¿Esto es algo generacional?”, pregunta alguien. “¿¡Acaso son unos sicópatas!?!?!?!?!?”, agrega alguien más.

Y entre todas estas expresiones de horror y perplejidad, alguien comenta: “Esto a uno lo hace sentirse poderoso, ¿o no?”.